—Con...

Cappois miró á Guenaut como diciéndole: «¡Concluid!»

—¡Con el señor de Montbrun!—dijo por fin el veterinario, de igual modo que si hubiera dado un pinchazo con su lanceta.

Verdier, separándose de la ventana, se lanzó hacia la mesa; pero tuvo que apoyarse en ella para no caer. Jamás había sentido una sensación tan brutal, como no fuese en Coulmiers, en donde le cayó una viga sobre la cabeza al penetrar en una casucha que estaba ardiendo y en la cual se había hecho fuerte un destacamento de bávaros.

Permaneció un momento como anonadado y tan pálido que el veterinario temió seriamente por su vida; pero el soldado se repuso, y retorciéndose el bigote con despreciativa sonrisa y procurando aparecer sereno:

—Vamos—dijo,—veo que no se trata de un dicho cualquiera...—¡Vuestros propios ojos han visto!...

—¡Visto, lo que se dice ver!—apoyó Cappois.

—En ese caso nada tengo que decir... Mi sobrina será la que se encargue de eso... Os ruego que me dejéis solo... ¡Buena necesidad tengo de ello, os lo aseguro!...

El notario creyó ver en las últimas frases del comandante, más que dolor, una amenaza, por lo cual se apresuró á decirle:

—Comandante, creed que lamentamos sinceramente... Pero el deber... ¡Sois nuestro candidato!...

—¡Vuestro honor es el nuestro!—añadió con tono sentenciador el veterinario de Chailly.

Verdier les dió las gracias.

—Después de todo, estos imbéciles—pensó—están en su derecho. Son miembros del comité... Han creído que veían...

Iban ya á retirarse, cuando Verdier los detuvo. Por imposible que ello fuese, quería saber cómo vestía Gilberta cuando la vieron en Melun y la hora á que la habían visto.

Cappois precisó entonces. La *toilette* que describió podía muy bien ser la de Gilberta; pero, ¿cómo era posible que estuviera la joven en Melun á semejante hora?

—No; no era tan tarde—dijeron ambos.—El señor Berlemont tenía que trabajar y nosotros le dejamos después del café. Serían las nueve ó nueve y media de la noche.

Verdier, sin que por esto sospechase lo más mínimo de Gilberta, creyó recordar, sin embargo, que su sobrina había salido precisamente aquel domingo por la noche para pasear un rato por el camino real, según dijo, sola. Pero con toda seguridad no había llegado hasta Melun.

—¡Sería otra persona!

—Probablemente—replicó Cappois con ironía...—probablemente.

—Sí—dijo Guenaut;—pero sería preciso que esa

otra persona se pareciese mucho á la señorita Gilberta para que se la confundiese con ella en Avon; además de que nosotros mismos... nosotros mismos... ¡Y yo no tengo mala vista, vive Dios!

—Pues yo—dijo Cappois—tampoco tengo malos lentes.

Partieron, dejando aterrado al comandante. Sabía hasta la evidencia que nada podía á sus ojos perjudicar á Gilberta. Pero ¿qué significaba aquella calumnia? ¿Cómo era posible que hubiesen creído ver á Gilberta en Melun y en Avon á la vez, y que la hubieran visto hablando con Mr. de Montbrun y entrar con éste en una casa cualquiera? Imposible, le parecía de todo punto imposible. Pero, en fin, ¿qué habría de fundamento en semejante calumnia?

En su vida se había conceptuado tan desgraciado.

Experimentaba una sensación semejante á la que produce una pesadilla.

¿Aquellos hombres habían estado realmente en su habitación? ¿Le habían dicho en realidad lo que acababa de escuchar? ¿Todo ello no era más que un sueño?

Se dirigió á la ventana, y lo primero que vió fué al notario y al veterinario que se despedían de la señora Herblay, á quien acompañaba el joven Ducasse.

Cappois saludaba con mucho comedimiento; Guenaut enviaba con la mano un adiós á Ducasse, y Enriqueta parecía sonreir oculta debajo de la sombrilla. Verdier cerró bruscamente la ventana.

¿Sería de él, de Gilberta, de quien hablaban y se reían aquellos que él divisaba á lo lejos?

—¡Ah!—exclamó.—¿Qué es lo que me han contado esos charlatanes, Dios mío?

Y dejándose caer sobre una silla, fué reconstruyendo palabra por palabra la conversación que habían tenido.

No podía comprender que pudiera haber dado lugar á tan absurda calumnia, y se acusaba de no haber estado bastante enérgico con aquellos dos majaderos.

—Debí meterles el resuello en el cuerpo con mis puños... Creían hacerme un favor... Mi honor es el de ellos también... Quien ataca al candidato les insulta á ellos... ¡Ah! ¡qué animales!

Las lágrimas le abrasaban y sentía además un peso en el pecho y una falta de respiración tan grande que creía inevitable una catástrofe. El aire le faltaba, y más que el aire las ganas de vivir. ¿Por qué habré venido á este castillo de Dammarie, Dios mío?—se decía, y miraba maquinalmente á la flaca figura creada por la imaginación del inmortal Cervantes, que parecía decirle:

—¡Una prueba más, comandante! ¡Una etapa más para completar tus hazañas!

El sabía que la vida es un continuado combate, donde el rencor y la maldad se enseñorean; pero no

podía dejar tan mal parada la honra de su sobrina.

—¿Se puede entrar?—preguntó una voz argentina dando un golpecito á la puerta.

Verdier dió un grito y se levantó. Era Gilberta, quien quedó muy sorprendida al reparar en la descompuesta fisonomía de su tío.

—¿Qué tenéis?—preguntó con ansiedad.

El la cogió de la mano, la besó en la frente y, acercándola á la ventana, contempló su cándida fisonomía.

—¡Ah! si supieras, querida Gilberta, lo que dicen... ¡Pobre niña!... Dame un beso.

Acariciaba á su sobrina, medio riendo y medio llorando, con una compasión y una angustia que le ahogaban.

—¡Pobre criatura! ¡Tanto como yo la quiero!

Gilberta tuvo miedo.

—¿Qué pasa?

Reparó en los ojos de su tío y vió que éste había llorado. ¿Llorar? ¿Por qué había llorado?

—¡Ah! ¡Por qué! ¡Porque hay imbéciles en el mundo y me han hecho mucho daño! ¡Mucho daño!

Le contó todo lo que le habían dicho, sin olvidar el pueblo en donde decían haber visto á Gilberta.

—¡Avon!

El comandante se quedó estupefacto al ver que su sobrina no contestaba nada.

—¿No es verdad que es horroroso verse calumniado de ese manera?—continuó Verdier.

Gilberta no contestó; pero sus preciosos ojos permanecieron inmóviles y fijos en su tío. Estaba aterrada y como si no hubiera comprendido hasta aquel momento la imprudencia que cometiera ocultando á su tío sus excursiones.

¡En Avon! ¡La habían visto en la casita de Avon! ¿Quién la habría espiado?

Verdier, aunque no creía ni siquiera en la posibilidad de que fuera cierto, estaba trastornado por el silencio de su sobrina.

¿Quiere decir que había estado en aquel pueblo?

¿Cuándo? ¿Por qué no se lo había dicho? Sin embargo, no solía ocultarle nada.

No lo había dicho porque para ella sus visitas á una niña enferma equivalían, ni más ni menos, que á llevar el consuelo á un desgraciado que sufría, y además, el secreto no era suyo, sino del señor Montbrunt, y cuando él no había dicho nada...

—Sea, lo creo como lo dices; pero á mí bien podías habérmelo confiado...

Gilberta le interrumpió diciéndole:

—¡Es verdad; pero estábais tan preocupado é inquieto con la política!... ¿Para qué añadir ese disgusto más á los que ya teniais? Porque seguramente hubiera sido un disgusto para vos ver sufrir á la niña.

—¡Pobre Cipriana, sin madre, moribunda y en manos de criados!—añadió Gilberta como hablando consigo misma.

Y le habló con angustiada voz de aquella po-

bre Cipriana, que sin el consuelo de una madre cariñosa sufría postrada en su lecho.

Se había entregado al cuidado de Cipriana afanosa, como el buen artista se afana por su obra. Se obstinaba con todas sus fuerzas en arrancarla de los brazos de la muerte. ¡Encontraba á la niña tan linda en su camita blanca!

Cipriana la había tomado gran cariño, y la sonreía con esa sonrisa propia de los seres que están entre la vida y la muerte. Quería que Gilberta estuviese siempre sentada á su cabecera, y la decía muchas veces: «dame la mano,» y quería cortarla las uñas ó roérselas—empeño que suelen tener los niños bajo la impresión de la fiebre—y esto la entretenía. Jugaba con Gilberta como con una muñeca.

Roberto, de pie cerca de la cama, contemplaba aquel cuadro sin tener suficiente fuerza de voluntad para acallar los quejidos de su paternidad y disimular al mismo tiempo el inmenso cariño que sentía por aquella criatura, que con tanta abnegación, y sin preocuparse de la maledicencia, se había prestado á llevar el consuelo y prodigar sus cuidados á la enfermita.

Gilberta contaba á su tío que había tomado como una peregrinación los viajes á la casita de Avon, refiriéndole lo contenta que estaba por la confianza que ahora abrigaba de que se salvaría la pobre niñita.

—¿Qué queréis que haga? La he tomado tanto cariño, y ella me lo ha tomado á mí tan grande, que

aquellas honradas gentes están celosas porque Cipriana no quiere tomar nada de manos de nadie más que de las mías. Como comprenderéis, es necesario que vaya todos los días. No es extraño que sepan dónde voy, porque no me oculto para ello. ¡Soy —añadió con dulce y tranquila sonrisa—Hermana de la Caridad, sin haberlo pensado!

El comandante rodeó con sus brazos á su sobrina, estrechándola con paternal á la vez que respetuoso cariño.

—¡Tienes muy buen corazón! ¡Eres un ángel!... Sí, un ángel; pero has cometido una gran imprudencia sin saberlo.

—¿Una imprudencia?

—¡Sí!... En la sociedad no hay tan sólo gentes honradas. Hay también muchos imbéciles... (digo imbéciles por no darles otro calificativo, que si es más apropósito también es más duro) que no están deseando más que ver cómo pueden clavar sus emponzoñados dardos en el corazón de las personas sencillas y honradas.

Se contuvo, no queriendo que Gilberta comprendiera lo que habían pensado de ella; pero ésta insistió en querer saber por qué decía su tío aquello.

—¡Pues bien, lo sabrás!

Verdier la manifestó cuán grande era el peligro de caer en boca de los malvados conduciéndose con tan poca precaución, y la refirió cómo hablaban muy desfavorablemente de ellos, quedando atónito al ver

la tranquilidad con que su sobrina oía el relato, pues no observaba en ella ni admiración ni cólera.

—¿No es más que eso? Eso no es nada—dijo haciendo un movimiento despreciativo de cabeza; y mudó de conversación.

—Eso no significa nada para ti ni para mí; pero para la sociedad, que juzga sin compasión...

—¿La sociedad, querido tío? ¿Qué sociedad?

—¡Yo no sé cómo explicarme!... ¡La sociedad!...

—Nuestra sociedad querréis decir. Pues la mía sois vos, y la vuestra soy yo; conque no sé por qué os inquietáis tanto. Nunca se ha ocupado nadie de nuestras acciones en la calle Mausart, en París, ni se ocuparán tampoco de lo que pasa ahora en Dammarie-les-Lys.

Verdier guardó silencio. Había en la voz y en la calma de Gilberta una resignación que le admiraba.

—Todo eso está muy bien; pero no debemos pensar sólo en nosotros... ni olvidar el mañana...

—¿Qué es el mañana, querido tío? El mañana no es otra cosa que el hoy continuado para vuestra sobrina, que os amará tanto como hoy, sin diferencia ninguna.

—Sí; pero cuando te cases, si habladurías como esas...

—¡Bah! ¡No os inquietéis por eso! ¡Yo no me casaré nunca!

—¡Nunca!

—¡Jamás!

Su voz clara y lenta dejaba traslucir un hondo sufrimiento, que no escapó á la penetración de su tío.

—Veamos por qué hablas así...

—¡Ah!—exclamó cogiéndole ambas manos y mirándole fijamente con la sonrisa en los labios,—no me preguntéis. Es cosa decidida en mi interior. Pueden decir lo que quieran de mí; no sería eso lo que me impidiese encontrar un buen partido, puesto que no lo busco... ni lo quiero.

Trató de sonreir y añadió:

—¡Moriré soltera! Profesando semejantes ideas, nunca se ocupa una de lo que dirá la gente.

La campana, anunciando la hora de la comida, sonó, y Gilberta dijo á su tío que no hablase de lo ocurrido, y si le preguntaban que á qué iba ella á Avon, contestase que él sabía á qué, y eso le bastaba.

Oyeron pasos en el corredor. Era Ducasse.

Traía en el ojal de la levita una magnífica rosa que había cogido en el jardín, para él, la señora Herblay.

—Comandante—dijo después de saludar á Gilberta, — no olvidéis que esta noche, en el *Café del Eclair*, es la reunión magna...

—¡Ah! sí, la reunión magna...

El comandante no se acordaba ya. Garousse y sus partidarios se habían propuesto ocasionar mucho

ruido en una reunión que preparaban, y Ducasse anunciaba la proximidad del combate, usando de reticencias socarronas.

—Ahora bajo—añadió Verdier.—Estoy preparado para la noche.—Y volviéndose á Gilberta cuando hubo desaparecido el joven Pitt en dirección del salón:—¡Tienes razón—la dijo;—olvidemos tanta infamia, y á tu puesto, candidato!

¡Garousse y la elección le preocupaban ahora bien poco! Lo que absorbía por completo su pensamiento era su sobrina, la calumnia lanzada sobre ésta y todo lo que se adivinaba de rastrero y de miserable en las habladurías de aquellos necios.

La campana anunció por segunda vez que les esperaban en el comedor. Verdier atrajo hacia sí á su sobrina y la abrazó con efusión.

—¿Pero cómo habrá tantos bribones en el mundo? —la dijo.

La joven trató de sonreir, cogiéndose á su brazo para bajar.

—¿Ahora—dijo—os dáis cuenta de eso, querido tío? ¡Sois un niño!...

—No, lo que soy es un hombre honrado, que no puede transigir con las infamias ni con los infames.

XVI

Elena Morgan, desde su última entrevista con Roberto, no perdía el tiempo; meditaba, con la sangre fría de una reflexión calculada, la manera de reconquistar el terreno perdido. Evidentemente el Conde no la amaba ya. ¿La había amado alguna vez? Deseado sí; pero amado...

Y la linda inglesa, mirándose al espejo como para estudiarse á sí misma, movía irónicamente su linda cabeza.

No había sido nunca amada (aunque Roberto la hubiera asegurado lo contrario). *¡Never!* (jamás). Ese *never*, que repetía ahora, sonaba en sus oídos de una manera lúgubre. ¡Después de todo, la preocupaba poco haber inspirado ó no eso que llaman amor y que ella no sintió nunca! Había tenido caprichos; pero enamorarse, ¡jamás! No había amado nunca otra cosa que á su persona y á su belleza, que cuidaba como á plantas raras y delicadas. Todo lo que no fue-